

¿QUE COSA ES LA HABANA?

Inf ab 21/46

Por DON GUAL

CUANDO hace algunas tardes me preguntaba un amigo, forastero, culto y curioso, como yo describiría mi Habana, esta Habana nuestra, yo tuve que pedirle que me declarara cuál de las tres. ¿La histórica? ¿La que precedió mi llegada a este mundo de lágrimas? ¿La que viví en mis años mozos, o la de hoy? De las tres prefiero, indiscutiblemente, la de hoy. De la primera tengo datos en tal abundancia que a veces creo que llegué a Cuba en el segundo viaje de Colón. De la segunda tengo una apariencia, donde el hombre de 1946, que soy ahora, halla mucho que criticar. Y por todo eso prefiero la de hoy. Es la que me da una diaria sorpresa y donde el noventa por ciento es novedad y superación.

¿Quién, que no sea una incorregible polilla del Archivo de Indias, puede querer volver a aquella aldehuela de calles estrechas, pantanosas, mal olientes y mal alumbradas. De aquella Habana del Siglo XVII, víctima de todas las epidemias y de los ataques de corsarios y piratas. La Habana del Siglo XVIII convertida en un enorme mercado de carne humana. La del Siglo XIX plena de conspiraciones, rebeldías y crímenes políticos. Al final de esa centuria empecé a vivir la Habana. Y esa es la Habana, de la cual quería mi amigo que yo hablase. La que conocí pequeño, la que terminó con una nueva bandera en el Morro que pronto se convertiría en la que hoy con orgullo mostramos, y por cuya estabilidad daríamos toda nuestra sangre y nuestra vida.

LA HABANA DE ENTONCES
 Ardua tarea sería describir esa Habana de mi niñez, que mis ojos azorados de niño vieron desde un balcón de la calle de Pontillo. La Habana era entonces la que tenía tres cosas dignas del cantar: El Morro y La Cabaña y ver los barcos salir. La del cañonazo a las ocho de la noche. La de los coches de caballos, sucesores de la

(De la redacción de **INFORMACION**. Caricaturas de Massaguer)

volanta y la calesa. La de los titeres en la Plazuela de Albea. La de los toldos en la calle del Obispo. La de los letrados del Prado. La de los vaporcitos de ruedas que nos llevaban "allende los mares", a Regla, la náutica vecina. La del Néctar de San Rafael. La de los baños del Vedado. La de la maquinita del Carmelo, que la llamaban la Cucaracha. La de las misas aristocráticas en la Merced.

La de las guaguaitas de Estanillo. La de los tranvías de caballos que iban al Cerro y a Jesús del Monte. La de las crónicas mundanas de Raúl Cay y de Panchito Chacón. La de los caballos de Don Gustavo Bock. La de los monjes de Rosalía y de los Baños de Belot. La de las horchatas y del agua con panales. La de los polizones y los droit-devant. La de los gitorios, con el anuncio del Ampicón.

La de los zapatos apretados y el agua de Kananga. La de los refrescos de cebada en el Café Monserrate. La de las tandas zarzueleras de Albisu. La de las noches de ópera en Tacón. La de los paseos por el viejo Prado. La de la elegancia en San Lázaro y terminaba en Dragones. La de las tandas de Alhambra, donde estrenamos los primeros pantalones largos. La de los abanicos de Carranza. La de los álbums elegantes decorados por Oscar Held. La del dog-cart de Julito Blanco Herrera. La de la chocolateada de Santa Coloma. La de la inauguración del Frontón de Concordia. La de la calle de la Zarza, con sus fumaderos de opio y sus fondas económicas. La de las carreras de bicicleta entre la Batería de la Reina y la Calzada del Vedado. La del crimen de Tin Tan.

La de las retretas de la Banda de Artillería de Pope Martín Varona, en la nueva glorieta del Malecón. La de la exótica tiperrita.

La de las enumeradoras del Censo. La de las conferencias dominicales del Ateneo en Prado y Neptuneo. La de los elegantísimos bailes del Casino Alemán. La de Pote que vendía libros baratos y Tréles que vendía periódicos. La del Alcalde Modelo Don Julio de Cárdenas. La de "La Peseta Enferma" en Martí. La de Esperanza Iris, con música de Frank Lehar. La de Fernando Rusquella, que inmortalizó una camisería. La de las tertulias en la peluquería de Dubic. La que recibió la Infanta Eulalia y vió volar a Mr. Stanly sobre la Quinta de los Molinos. La de la Acera del Louvre. La de los bomberos del Comercio. La que todavía canta Federico Villoch, en sus postales descoloridas. La de las Ofélicas de Pichardo. La de "La Caricatura", aquel semanario rosado que se tiraba en un almacén de esponjas de la calzada de Geliano.

VIEJOS RECUERDOS

La Habana que tuvo aquel gran Jefe de Policía, que se llamó Armandó de Jesús Rivas, el más joven brigadier del Ejército Cubano. La que veía a Don Tomás, santo varón, pasearse sin guarda-espaldas ni ruidosas motocicletas. La que musicalizó Cervantes con sus Danzas, y Guillermito Tomás con su Banda Municipal. La de las "guadañitas" pintorescas que transportaban a la vecina Casablanca. La de la Calle de la Murralla, donde muchas criollas buscaban la solución económico-matrimonial. La del Arco de Belén y la Loma del Angel, cuando ambos lugares se parecían mucho a lo que describió Villaverde.

La de los zunchos de goma y el tin-tan, en los coches del Parque. La de las "tardes" de "El Fíguro". La de los escándalos de "El Reconcentrado". La de los bombos de Conde Kostia en "La Lucha". La del reinado de Josefina Herrera y de María Albarrán. La de la "habanera" "Tú" de Sánchez de Puentes. La del Circo de Don Santiago Pubillones. La de los pregones suaves y melódicos. La



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

del Muelle de Luz. La del Canal de Vento. La de la cortina de Valdés y la Plaza Vieja. La del Politeama y los Festejos Invernales de Berriatúa. La de Pancho Hermita enamorando a María Conesa. La del general Wood jugando jai-alai. La de Víctor Muñoz y Margarita Soda-Cracker. La de los pur-sang de Trillo. La de los fonógrafos de cilindro.

La de "La Cañadonga" y "El Ferrocarril Central". La de los cuentos de Carlitos Maciá. La del "brek" de Juan Pedro. La de las "baldades" de Rojitas. La del pisto de Angulo y las Salas de Armas de Cardenal y Granados. La del palco del Unión Club, combinación elegante de smokin y pencas de guano en las noches de ópera...

Mi amigo, forastero que conoció aquella Habana, pues su padre fué Cónsul de su lejano país, al iniciarse la República, sonrió lleno de emoción. Y convino conmigo en que esa Habana era sobre todo la Habana de nuestros veinte años, y que por esa sola razón era bella y no volverá.

—Pero, la Habana de hoy, te sienta a maravillas —añadió mientras sorbía un jaibol carta de oro— con que sustituye a aquellas ginebras compuestas del viejo Vista Alegre.

Y ¿cómo tú describirías la Habana de hoy, esa secuela de la Habana aquella? O tus sesenta años, te han llenado de cegueras y achaques, que te impiden percibir lo que tan diáfananamente describiste en la anterior...

NUESTRA HABANA ACTUAL

La Habana de hoy es una hija elegante, refinada de la que conocimos. La de antaño era una señora bonita de cara, pero demasiado adiposa que prefería verlo todo sentada indolentemente en la redecadora cerca de la ventana. La Habana de hoy se plantó el sweater, pidió un jaibol, encendió el cigarrillo, se acortó las faldas y aprendió a manejar su propio coche. Es la sobrina latino-americana de New York y de Boston, admiradora remota de la Lutecia que sabe acicalarse para el turista de buena cara y de abierta bolsa que quiera conquistarla...

La Habana de 1946, habla inglés, baila son y jazz, le interesa la Filarmónica, juega tennis y golf, vive enamorada de Charles Boyer y de Franchot Tone, pierde al bridge o gana en el poker, se viste de Ney York, y vota por el alcalde menos malo. La Habana de los repartos elegantes. La de las guaguas ruidosas. La de las corbatas de Grinda. La de las familias que presenta el Conde de

Jaruco. La de los totingos baratos. La de los limpia-botas con título. La de los clubs elegantes. La de la fiebre de los bolos. La de las uñas pintadas de las nenas y de las chambritas abiertas de los nenés. La de las tardes de Pro-Arte y los lunes de la Filarmónica. La de los sandwiches de tres picos. La de los refrescos de arón, de guanábana, de mango y de maney. La ciudad limpia, que no tiene agua. La de las chicas del Lyceum. La de las despedidas de soltera. La diplomática, que ya alberga a cinco embajadores y una veintena de ministros extranjeros. La de las formidables comparsas de carnaval. La de las barritas

privadas. La de Federiquito que ya no apaga fuegos, ni los provoca. La del Capitolio que poseyó un diamante. La de los vendedores de maracas. La de los guías de Turismo. La de las mañanas de Obispo y las tardes de San Rafael.

También la de las bodas teatrales. La de todos los ruidos radiales. La del Malecón triste porque perdió su glorieta. La del arbolado del Paseo de Martí, que parece un túnel de follaje. La del Padre Spiralli. La del monóculo de Víctor de Saavedra y del biogtico de Luis Posada. La de las caricaturas de David y los tabacos de Miguel de Marcos. La del daiquiri de Constante. La de los tranvías e Steinhart. Los jardines de La Polar y el Stadium de la Tropical. Las exhibiciones de la S. U. B. A. Las tardes líricas de "Los Amigos de la Música". La pena artística de S. B. A. Los éxitos de la Sociedad de Cuartetos.

El dinamismo de Nena Benítez en la S. I. B. A. La de la calva de Carrera Peñarredonda. La del peso mínimo de Patricio Laguardia. Y la del máximo de José Antonio Cabargos. La de la caída de ojos de Pablo Villegas. La de los cuentos de Enrique Lansó y de los contracuentos de Ceberio. La de la barba de Aldolfo Kates y la barbita de Julio Batista. Los gallos del coronel Mendieta y las "gallinas" de la Esquina del Pecado. La pipa de Pepe Hurtado de Mendoza, y las sandalias del escultor Boada. Los danzones del "bizco" Romeu, y los blues de Eola de Nieve. La redondez de César Sánchez y la esbeltez de Luis Moas. Los discursos floreados de Menjou-Garate y los románticos de Luis Germán Agostini. La "boutonniere" de Enrique Berenguer y las jacas de polo de Enrique Godoy. Los tabacos del General Montalvo y el cerquito de Luis González. Las curvas de Jonin Larcada y la suerte de Neno Pertierra.



3

HAY DE TODO

La del peinadito mucigaloso de Pepito Aixalá y la colección de sellos de Luis Angulo, los triunfos de tesorera de María Larrea y los turbantes de Conchita Martínez Pedro, el Windy de los Inclán y el Bicho Malo de los Muñoz Bustamante. El bate de Sisler y la cesta de Pistón. Los Recitales de Carmina Benguría y las Resonancias de Suárez Solís, los baños de sol de José María Chacón y el bastón de René Morales. Las canas de Silvio de Cárdenas y la versatilidad de Raúl Pagadizábal, la agresividad publicitaria de Guastella y la foto-actividad universitaria de Newton Estapé. La Coreografía de Pepe Cidre, la cuadra de Ramoncito Crusellas y la colección de discos de Frank García Montes, el dilettantismo arrollador de Victoriano Agostini y los monos de Heriberto Portell, las mujeres de Valls, y el peine del marimbuero Calonge, los discos de Suaritos y los afro negrismos de Fernando Ortiz, la salud convexa de Julián Martínez Castells y la juventud eterna de Emilito Bacardí, los pañolones de Nena Aranda y los óleos de Rafito Echevarría, y los "aparatos" de Posso.

—;Cristóbal Colón, te pago con una copa! Has descubierto la Habana —me interrumpió oportunamente mi desorbitado amigo.

Inf, ab 21/44



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA